Skippy muere

Paul Murray

Traducción de
José Luis Amores



Pálido Fuego

Skippy muere_2025.indd 3 27/08/2025 13:14:53

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Título original: *Skippy Dies*
Autor: Paul Murray
Diseño, maquetación y cubierta: Editorial Pálido Fuego S.L.

© 2010, Paul Murray
© 2025, José Luis Amores, por la traducción
© 2025, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Editorial Pálido Fuego S.L.
C/ Charlot, 13. 29016 Málaga
www.palidofuego.com
Primera edición: septiembre de 2020
Segunda edición: septiembre de 2025
Printed in Spain – Impreso en España
ISBN: 978-84-948389-8-9
Depósito legal: MA 952-2020
Impresión: Gráficas La Paz
www.graficaslapaz.com

Para Seán

Skippy muere_2025.indd 5 27/08/2025 13:14:53

Skippy muere_2025.indd 6 27/08/2025 13:14:53

ÍNDICE

Prefacio	11
HOPELAND	17
HEARTLAND	229
GHOSTLAND	465
AFTERLAND	663
Agradecimientos	669

Skippy muere_2025.indd 7 27/08/2025 13:14:53

Skippy muere_2025.indd 8 27/08/2025 13:14:53

SKIPPY MUERE

Skippy muere_2025.indd 9 27/08/2025 13:14:53

Una noche Skippy y Ruprecht están echándose una carrera de comer donuts cuando a Skippy se le pone la cara morada y cae de la silla. Es un viernes de noviembre y Ed's sólo está medio lleno; si Skippy hace ruido al desplomarse, nadie lo nota. Al principio, ni Ruprecht se preocupa demasiado; más bien se alegra, pues eso implica que él, Ruprecht, ha ganado la carrera, la decimosexta seguida, lo cual le acerca un paso más al récord histórico en poder de Guido «el Glándulas» LaManche, promoción del Seabrook College del 93.

Aparte de ser un genio, cosa de la que no cabe duda, Ruprecht no tiene mucho más a su favor. Mofletudo como un hámster y con un problema crónico de peso, se le dan mal los deportes y la mayoría de las facetas de la vida no relacionadas con complicadas ecuaciones matemáticas; por eso saborea tanto las victorias en atracones de donuts, y por lo mismo, aun cuando Skippy lleva en el suelo casi un minuto entero, Ruprecht sigue en su silla, aguantando la risa y diciendo por lo bajo, exultante, «Sí, sí»; hasta que la mesa se sacude, su Coca-Cola sale volando y nota que algo va mal.

Skippy se retuerce en silencio sobre las baldosas de debajo de la mesa. «¿Qué pasa?», dice Ruprecht, pero no recibe respuesta. Skippy mira con ojos desorbitados y de la boca le sale una sibilancia sepulcral; Ruprecht le afloja la corbata y le desabotona el cuello, pero eso no parece aliviarle, sino que de hecho la respiración, las convulsiones, la mirada de ojos muy abiertos sólo empeoran, y Ruprecht siente un hormigueo en la nuca. «¿Qué te pasa?», repite, alzando la voz, como si Skippy estuviera al otro lado de

Skippy muere_2025.indd 11 27/08/2025 13:14:53

una autopista con mucho tráfico. Todo el mundo está mirando ahora: la larga mesa de alumnos de cuarto de Seabrook y sus novias, las dos chicas de St Brigid's, una gorda, otra delgada, el trío de reponedores del centro comercial cercano; todos se vuelven y observan a Skippy resollar y dar arcadas, ni más ni menos como si se estuviera ahogando, aunque cómo va a estar ahogándose aquí dentro, piensa Ruprecht, si el mar está al otro lado del parque. Esto no tiene ningún sentido, y encima todo ocurre a gran velocidad, sin darle tiempo a encontrar una solución.

En ese momento se abre una puerta y tras el mostrador aparece un joven asiático con camisa de Ed's y una chapa con las palabras, escritas en cursiva forzada, *Hola soy*, y luego, con letra casi ilegible, *Zhang Xielin*, llevando una bandeja con cambio. Al ver al grupo, que se ha incorporado para tener mejor vista, se detiene; entonces divisa el cuerpo sobre el suelo y, tras soltar la bandeja, brinca por encima del mostrador, aparta a Ruprecht de un empujón y abre la boca de Skippy. Atisba dentro, pero como está demasiado oscuro para ver nada le pone en pie, lo sujeta con los brazos en torno a la barriga y comienza a apretarle el estómago.

Entretanto, el cerebro de Ruprecht ha vuelto por fin a carburar; está escarbando entre los donuts del suelo, pensando que si descubre con *qué* donut se está asfixiando Skippy, igual da con alguna clave de la situación. Sin embargo, mientras rebusca, hace un hallazgo sorprendente. De los seis donuts que había en la caja de Skippy al inicio de la carrera, aún quedan seis, sin que a ninguno le falte siquiera un bocado. Se devana los sesos. No ha prestado atención a Skippy durante la carrera —Ruprecht, cuando come competitivamente, tiende a entrar en una suerte de zona en la que el resto del mundo se derrite en la nada, de hecho ese es el secreto de su cuasi plusmarca de dieciséis victorias—, pero asumió que Skippy también estaba comiendo; porque ¿quién va a apuntarse a una carrera de donuts para no comerse ninguno? Y, lo que es más importante, si no ha comido nada, cómo va a estar…

—¡Espera! —exclama, dando un brinco y agitando las manos ante Zhang—. ¡Espera! —Zhang Xielin le mira,

jadeando, mientras Skippy cuelga de sus antebrazos como un saco fofo—. No ha comido nada —dice Ruprecht—. No se está asfixiando. —Un murmullo de intriga recorre el cuerpo de espectadores. Zhang Xielin le lanza una mirada de desconfianza, pero permite que Ruprecht libere de sus brazos a un Skippy sorpresivamente pesado y vuelva a tenderle sobre el suelo.

La secuencia entera, desde la caída inicial de Skippy hasta el momento actual, habrá durado unos tres minutos durante los cuales el color morado se ha atenuado hasta un azul cáscara de huevo de una fragilidad espeluznante, y la respiración sibilante ha virado al susurro; las contorsiones también han evolucionado hacia la quietud, y los ojos, aunque abiertos, han adquirido un extraño aire vacío, tanto que Ruprecht, ni mirándole de frente, está cien por cien seguro de que en realidad esté consciente, y de pronto tiene la sensación de que un par de manos frías le agarran los pulmones al darse cuenta de lo que está a punto de ocurrir, aunque al mismo tiempo no puede llegar a creérselo del todo. ¿En serio *podría* pasar algo así? ¿En serio podría pasar aquí, en la Ed's Doughnut House? En Ed's, con su gramola real y su cuero falso y las fotografías de América en blanco y negro; en Ed's, con sus luces fluorescentes y sus tenedores de plástico y su anormal aire estéril que no huele a donuts aunque debería; en Ed's, donde vienen a diario, donde nunca pasa nada, donde *no puede* pasar nada, pues esa es su razón de ser…

Una de las chicas, la que va con pantalones arrugados, suelta un chillido. «¡Mirad!» Está dando saltitos de puntillas mientras perfora el aire con el dedo, y Ruprecht sale de sopetón del estupor en el que se ha sumido y sigue la línea descendente hasta ver que Skippy ha alzado la mano izquierda. Una ola de alivio le recorre el cuerpo.

—¡Eso es! —exclama.

La mano se flexiona, como si acabara de despertar de un sueño profundo, y Skippy suelta simultáneamente un suspiro largo y ronco.

—¡Eso es! —dice Ruprecht de nuevo, sin saber del todo qué quiere decir—. ¡Tú puedes!

Skippy deja escapar un balbuceo y pestañea deliberadamente en dirección a Ruprecht.

—La ambulancia llegará en un segundo —le dice Ruprecht—. Todo se va a arreglar.

Skippy sigue balbuceando.

—Tú sólo relájate —dice Ruprecht.

Pero Skippy no hace caso. Continúa con los balbuceos, como si intentara decirle algo. Vuelve los ojos, clava la mirada en el techo; entonces, como si recibiera la inspiración, se pone a palmotear por el suelo. Manotea ciegamente entre Coca-Cola derramada y cubitos de hielo derretidos hasta que da con uno de los donuts caídos; que agarra, como una araña torpe aferrada a su presa, estrujándolo entre los dedos con fuerza.

—Ya, tranquilízate —repite Ruprecht, mirando por encima del hombro en busca de señales de la ambulancia.

Pero Skippy no deja de estrujar el donut hasta que tiene la mano chorreante de sirope de frambuesa; entonces, tras bajar un reluciente dedo rojo hasta el suelo, traza una raya, y luego una curva paralela a ésta.

D

—Está *escribiendo* —susurra alguien.

Está escribiendo. Con lentitud desesperante —la frente inundada de sudor y el aliento traqueteándole en el pecho como una canica atrapada— Skippy traza una línea de sirope tras otra sobre las baldosas. I, L; los labios de los mirones se mueven en silencio a medida que cada letra es completada; y mientras fuera sigue el rugido del tráfico, de la donutería se adueña una extraña clase de silencio, casi una serenidad, como si en el local el tiempo hubiera dejado temporalmente, valga la redundancia, de avanzar; el momento, en vez de dar paso al siguiente, se vuelve elástico, se atenúa, se expande para contener al grupo, para darles la oportunidad de prepararse para lo que viene…

DILE A LORI

La chica de St Brigid's con sobrepeso se pone pálida y susurra algo al oído de su compañera. Skippy pestañea implorante hacia Ruprecht. Éste, tras aclararse la garganta y ajustarse las gafas, examina el mensaje que cristaliza sobre las baldosas.

—¿Dile a Lori? —dice.

Skippy vuelve los ojos y lanza un graznido.

—¿Decirle qué?

Skippy jadea.

—¡No lo sé! —farfulla Ruprecht—. ¡No lo sé, lo siento! —Vuelve a agacharse y escudriña las misteriosas letras de color rosa.

—¡Dile que la *quiere*! —exclama la chica con sobrepeso o posiblemente embarazada con uniforme de St Brigid's—. ¡Que le digas a Lori de su parte que la quiere! ¡Oh, Dios!

—¿Que le diga a Lori que la quieres? —repite Ruprecht, incrédulo—. ¿Es eso?

Skippy exhala; sonríe. Acto seguido se tumba sobre el suelo; y Ruprecht ve con toda claridad cómo las subidas y bajadas de su pecho se detienen suavemente.

—¡Eh! —Ruprecht le agarra por los hombros y lo zarandea—. Eh, ¿qué haces?

Skippy no contesta.

Sigue un instante de silencio frío, crudo; entonces, casi como salido de un deseo común de llenarlo, el local estalla en un clamor. ¡Aire! es el consenso. ¡Dadle aire! La puerta es abierta y la fría noche de noviembre se precipita con avidez en el interior. Ruprecht se descubre en pie, mirando a su amigo. «¡Respira!», le grita, gesticulando insensatamente como un profesor enfadado. «¿Por qué no respiras?» Pero Skippy se limita a seguir tumbado con una mirada serena en la cara, plácido como él solo.

El aire se sacude con gritos y sugerencias, cosas que la gente recuerda de series televisivas de hospitales. Ruprecht no lo soporta. Se abre paso a empujones y sale a la acera. Mordiéndose el pulgar, contempla el oscuro, impersonal borrón del tráfico, que se niega a revelar una ambulancia.

Cuando vuelve dentro, Zhang Xielin está arrodillado, con la cabeza de Skippy en el regazo. Los donuts dispersos

por el suelo semejan pequeñas coronas funerarias confitadas. En el silencio reinante, la gente mira a Ruprecht con ojos húmedos, lastimeros. Él hierve, tiembla, arde de rabia. Tiene ganas de volver a su cuarto, dejando a Skippy donde está. Tiene ganas de gritar, «¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?». Regresa a la calle para mirar el tráfico, llorando, y en ese instante siente que los cientos y miles de hechos que tiene en la cabeza se convierten en lodo.

Por entre los arbustos de laurel alcanza a atisbarse, en una esquina superior de la Torre Seabrook, la ventana de la residencia de ambos, donde no hace ni media hora Skippy desafió a Ruprecht a una carrera. En lo alto del establecimiento, el gran aro rosa del letrero de la Ed's Doughnut House emite su glacial luz sintética a la noche, un cero de neón cuyo brillo eclipsa la luna y las constelaciones del espacio infinito que se extiende tras ella. Ruprecht no está mirando en esa dirección. En estos momentos el universo le parece algo horrible, pobre y raído y vacío; éste parece ser consciente de ello y aparta la mirada, avergonzado.

Skippy muere_2025.indd 16 27/08/2025 13:14:53